

LIBROS

> Anabel Hernández

• **Los señores del narco**
> ANABEL HERNÁNDEZ

• **El cártel incómodo / El fin de los Beltrán Leyva y la hegemonía del Chapo Guzmán**
> JOSÉ REVELES

• **Marca de sangre / Los años de la delincuencia organizada**
> HÉCTOR DE MAULEÓN

• **Tres ataúdes blancos**
> ANTONIO UNGAR

• **De héroes y mitos**
> ENRIQUE KRAUZE

• **Historia de la cultura literaria en Hispanoamérica**
> DARIO PUCCINI
Y SAÚL YURKIEVICH

• **Ver / Sobre las cosas vistas, no vistas y mal vistas**
> FRANCISCO GONZÁLEZ CRUSÍ

• **Los infinitos**
> JOHN BANVILLE

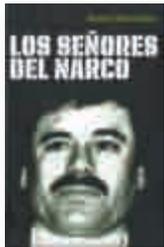
• **México 2010 / El juicio del siglo**
> MARÍA AMPARO CASAR
Y GUADALUPE GONZÁLEZ (EDS.)

• **México 2010 / Hipotecando el futuro**
> ÉRIKA RUIZ SANDOVAL (ED.)

• **El juicio del doctor Johnson**
> G. K. CHESTERTON

REPORTAJE

¿Vamos ganando la guerra?



Anabel Hernández
Los señores del narco
México, Grijalbo,
2010, 589 pp.



José Revelles
El cártel incómodo / El fin de los Beltrán Leyva y la hegemonía del Chapo Guzmán
México, Grijalbo,
2010, 265 pp.



Héctor de Mauleón
Marca de sangre / Los años de la delincuencia organizada
México, Planeta,
2010, 181 pp.

Definitivamente no. La estrategia actual contra el narcotráfico es la del combate frontal del Ejército y

las policías. Participan en esta lucha 50 mil soldados, 30 mil policías federales y miles de policías locales. Cada uno de los cuatro años que lleva este enfrentamiento ha costado 120 mil millones de pesos. Tantas personas, tanto dinero y los resultados son aterradores: más de 30 mil muertos, sin contar los miles de “levantados”, de secuestrados. En un solo día, el 9 de enero de 2010, se registraron 69 asesinatos ligados al crimen organizado. Como las policías (municipales, estatales y federales) estaban corrompidas, infiltradas, sobornadas, se echó mano del Ejército. Con muy dudosos saldos. En 2002 los 600 soldados del batallón 65 asentado en Sinaloa fueron, todos, arrestados por complicidad. A Ciudad Juárez arribaron 8 mil soldados. Resultado: la violencia se multiplicó por diez. Las violaciones del Ejército a la población civil se suceden cada vez con mayor frecuencia. Ya no se le tiene confianza plena al Ejército, según lo han revelado los cables de WikiLeaks. Con personal entrenado en Estados Unidos y con equipo bélico de ese país, ahora se privilegia a la Marina (responsable, por ejemplo, de dar

caza y muerte al capo Arturo Beltrán Leyva). Rebasada la policía, quedaba el Ejército. Rebasado el Ejército, queda entonces la Marina. Rebasada la Marina, ¿qué?

En 2007 se dieron 10 asesinatos por cada 100 mil personas, en 2010 fueron 20: 100 por ciento de incremento. La violencia no va disminuyendo, al contrario, va creciendo a gran velocidad. El narco no parece estar a la defensiva. El narco reta, confronta, controla territorios, mata policías; asesinó a un general del Ejército en Cancún, atentó contra la comitiva de un gobernador, ya asesinó a un candidato a gobernador. Se sabe que en 2008 un comando detuvo, desarmó y amordazó a la escolta del secretario de Seguridad Pública Genaro García Luna (86 de los elementos sometidos firmaron una carta de denuncia) y que se llevaron al secretario por cuatro horas para “platicar”. Hay serias dudas respecto a que las muertes de Juan Camilo Mouriño y José Luis Santiago Vasconcelos fueran ocasionadas por un accidente. No cumplieron con un pacto que desconocemos (se sabe que previamente Mouriño envió al general Acosta Chaparro a dialogar con varios de los principales cárteles).

Vuelvo a mi pregunta: Si la Marina queda rebasada, ¿entonces qué? El abismo. ¿Qué quiere decir esto? Un Estado fallido, un narcoestado.

Todavía no estamos ahí, pero vamos volando. ¿Cómo llegamos a esta situación? Para intentar responder a esta pregunta leí (entre el abundante material bibliográfico que circula en librerías) *El cártel incómodo*, de José Reveles; *Marca de sangre*, de Héctor de Mauleón; y *Los señores del narco*, de Anabel Hernández. El de esta última, sin duda el más documentado de los tres, ofrece una muy interesante versión del desarrollo del poderío del narcotráfico en México. En los siguientes párrafos ofreceré un resumen de lo que ella, minuciosamente, cuenta en su libro, de lectura imprescindible para todo aquel que quiera entender el origen de la violencia que actualmente nos azota.

Durante los años setenta y ochenta, bajo los gobiernos de Echeverría y López Portillo, no existían los cárteles de la droga: había pequeños grupos que se dedicaban a sembrar, transportar y cruzar a Estados Unidos marihuana y heroína. Para el Estado representaban entonces mayor peligro los grupos guerrilleros que los narcotraficantes, con los que se tenía un acuerdo: el gobierno regulaba la producción y supervisaba el traslado hasta la frontera a cambio de una especie de impuesto y del cumplimiento de ciertas reglas: no se permitía que los traficantes anduvieran armados ni que vendieran droga en el país. Ese “impuesto” se empleaba, en parte, para financiar el combate a los grupos subversivos, y para lograr la buena voluntad de Los Pinos. En el sexenio de De la Madrid empezó a cambiar todo. Según un informante de Anabel Hernández, “el pago de impuestos por parte de los narcotraficantes comenzó a transformarse en dinero directo para los policías y funcionarios”. Nació entonces la organización de los hermanos Arellano Félix (que controlaba el paso de Tijuana), se fortaleció la organización de Juan García Ábrego (suyo era el paso de Nuevo Laredo) y comenzó a despuntar el cártel de Juárez. Un nuevo elemento intervino entonces, que llevó el negocio a otra escala. En Nicaragua se habían hecho del poder

los sandinistas, luego de la revolución que derrocó a Somoza. El gobierno de Reagan ideó una fórmula (conocida luego como Irán-Contras) que consistía en la venta de armas a Irán para, con los recursos, financiar a la contra antisanalista. Menos conocida es, hasta ahora que Anabel Hernández reconstruye minuciosamente la historia, la conexión México-Contras: la CIA llegó a un acuerdo con grupos de narcotraficantes mexicanos –con la tolerancia del gobierno de De la Madrid– para que se transportara cocaína de Colombia a México y de aquí se llevara hasta Estados Unidos. Parte del dinero de esa operación se destinaría a financiar a los contras.

El negocio, con el transporte de cocaína, creció exponencialmente. El asesinato del agente de la DEA Enrique Camarena es solo una muestra del poder que comenzaron a tener los grupos delictivos, tanto como para retar a Estados Unidos. Para 1989 la DEA calculó que el 60 por ciento de la cocaína consumida en Estados Unidos venía de Colombia vía México. Se consolidó entonces el gran cártel mexicano –el del Pacífico, con Amado Carrillo, *el Señor de los Cielos*, a la cabeza–, por sus conexiones con los cárteles de Cali y Medellín y por su habilidad para corromper a los políticos y a los policías encargados de combatirlos. La situación no varió con la llegada al poder de Carlos Salinas de Gortari: aunque existen señalamientos de que Raúl, el “hermano incómodo” del presidente, cobraba “derecho de piso” a todos los grupos, se privilegió en los hechos al cártel del Golfo, tal vez por la vieja amistad de Raúl Salinas Lozano con Juan García Ábrego. Con el arribo de Ernesto Zedillo a la presidencia cambió la correlación de fuerzas. Quizá como reacción al favoritismo salinista al cártel del Golfo, se privilegió desde el poder al cártel rival, el del Pacífico. (Puede parecer que estoy hablando con ligereza, pero los tres libros, sobre todo el de Anabel Hernández, ofrecen muchos detalles de la complicidad de las policías federales con este

o aquel cártel.) En 1995, para poner un ejemplo significativo, se permitió el traslado de Joaquín *el Chapo* Guzmán, recluso en Almoloya desde 1993, al penal de Puente Grande, en Jalisco, donde al poco tiempo de llegar se relajaron todos los controles penitenciarios propios de una prisión de alta seguridad. El *Chapo* convirtió su estancia en el penal en una fiesta: drogas, alcohol, mujeres. La fuga del *Chapo* Guzmán, ocurrida en 2001, es un hecho que los tres autores reseñados abordan minuciosamente. Al comparar los tres relatos se advierte más claramente la distancia que va del libro de Anabel Hernández –en cinco años de investigación cotejó actas, fatigó fuentes, se entrevistó con multitud de testigos– al de Reveles y al de De Mauleón, que no son propiamente trabajos de investigación a fondo sino, casi, de mera consulta hemerográfica. Así, Reveles y De Mauleón dan por buena la versión oficial de que el *Chapo* se fugó en un carrito de lavandería del penal. Anabel Hernández echa abajo esa versión, con múltiples pruebas y testimonios. La teoría de Anabel Hernández es que el *Chapo* se había ocultado en la sección de enfermería y que, al darse la alarma de que se había fugado y arribar al penal la policía para buscarlo, cambió su uniforme de preso por el de policía y salió por la puerta grande de Puente Grande, con la complicidad de los directivos y custodios del penal. Desde su fuga, el *Chapo* Guzmán se convirtió en el capo consentido de los gobiernos del PAN (que se han dedicado a eliminar a sus rivales, a proteger a sus líderes, a solapar el uso criminal que durante estos años se le ha dado al aeropuerto de la ciudad de México), hecho que le permitió en muy pocos años expandir su negocio y convertir su organización en una empresa multinacional del crimen, con presencia en 43 países, y a él en uno de los hombres más ricos y poderosos del mundo, según la revista *Forbes*.

Los tres autores reseñados coinciden en un hecho esencial para en-

tender la situación actual de la lucha contra el narco: la complicidad de las autoridades al más alto nivel con el “cártel incómodo”, como lo llama José Reveles: el del Pacífico. En este enredado juego de complicidades, la desaparecida AFI, dirigida por Genaro García Luna, jugó un papel relevante, al convertirse en muchas ocasiones en el brazo armado del cártel del Pacífico (la AFI era la encargada de eliminar o secuestrar a los miembros de cárteles rivales; hoy la AFI se ha convertido en la SSP, pero sus prácticas poco han cambiado). Así, las fuerzas federales se han dedicado a combatir al cártel del Golfo, a los Arellano Félix, luego a los Zetas, recientemente a la Familia michoacana, a los Beltrán Leyva, y en muy contadas ocasiones a los miembros del cártel del Pacífico. Además de proteger y brindar *salidas* para los capos más conspicuos. Anabel Hernández ofrece testimonios que ponen en entredicho las supuestas muertes de Amado Carrillo e Ignacio Coronel, capos que habrían simulado su muerte a cambio de una discreta “jubilación” y retiro del negocio. Esta complicidad es absolutamente determinante en la actual guerra contra el narco, de antemano perdida si se toma en cuenta que importantes segmentos del gobierno que combate están al servicio de uno de los cárteles combatidos.

Señala Anabel Hernández que si apiláramos los cuerpos de los 30 mil muertos en esta “guerra” podrían erguirse 28 torres similares en altura a la Torre de Dubái, la más alta del mundo: las Torres del Terror. Según el secretario de Defensa, hay 500 mil personas involucradas en la producción y tráfico de drogas (campesinos, distribuidores, traficantes), y 100 mil personas dedicadas a combatir a los primeros. Sin embargo, señala José Reveles, los delitos del narco solo representan el 0.5 por ciento del total de delitos ocurridos en un año en nuestro país. Es difícil entender por qué, si la cifra que representan esos crímenes es relativamente baja, se ha convertido en el eje de la política de seguridad de este sexenio. A menos

que se concluya que la guerra contra el narco tiene una finalidad meramente política, de control social, de uso indiscriminado e intimidatorio de la fuerza. Al respecto es alarmante la hipótesis—mencionada por José Reveles y Anabel Hernández—en el sentido de que grupos paramilitares, financiados por grupos empresariales, están detrás de las masacres ocurridas en centros de rehabilitación. A río revuelto, esos grupos paramilitares se encargan de eliminar a los “desechos sociales”. Los expertos citados por estos dos autores coinciden en dos aspectos centrales: no se está afectando la estructura financiera del narco (¿para qué sirve la Unidad de Inteligencia Financiera?) y el combate al narco no se va a ganar empleando solo la fuerza.

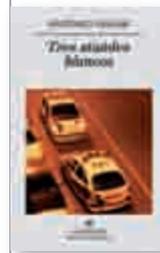
¿Era necesario el combate al narcotráfico? Sí, pero se hizo de una forma desatinada. Tanto que en 2010 el presidente Calderón ha señalado la necesidad de cambiar la estrategia. WikiLeaks ha revelado que Calderón, en correspondencia con Aznar, confesó que subestimó la fuerza de los cárteles mexicanos. Todo apunta a que la violencia va a cobrar un impulso mayor en los próximos años. Algo debemos hacer, Estado y sociedad. Terminar con la complicidad entre los políticos y el narco (en Colombia se llegó a encausar y juzgar al 30 por ciento de los congresistas), depurar los cuerpos policíacos, golpear a los narcos en sus finanzas, ofreciendo alternativas de empleo a los jóvenes, legalizando el consumo de drogas blandas.

Por momentos parece que el país se va a desbaratar. Estos libros ofrecen un panorama triste e irritante. Pero hay salidas, sin duda. Lo primero es comprender, reunir información, querer ver. En este sentido estos libros son una magnífica introducción a un mundo complejo y siniestro. Sobre todo *Los señores del narco*, obra de una de las mejores periodistas mexicanas de la actualidad: Anabel Hernández; un libro extraordinario para emprender el necesario viaje de conocimiento a nuestro *corazón de las tinieblas*. —

— FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

NOVELA

Disputar los signos



Antonio Ungar
Tres ataúdes blancos
Barcelona, Anagrama, 2010, 284 pp.

En principio, una buena novela—tan eficaz como esa, tan divertida como aquella. Hay una trama larga y trepidante, mitad política, mitad policíaca; una historia amorosa; una amplia nómina de personajes; una prosa hábil, nunca protagonista, y ese arsenal de efectos novelescos con que se construye, ya sabemos, cierta ilusión de *realidad*. Entonces, ¿cuál es el problema? El problema es que esta novela, *Tres ataúdes blancos*, de Antonio Ungar (Bogotá, 1974), no es otra novela: es una novela que—como todas las producidas hoy—llega después de otras miles de novelas y que por lo mismo arrastra, se quiebra o no, una pesada herencia de reliquias y chatarra. Dicho de otro modo: llega tan tarde que, si se descuida un momento y afloja un poco su postura, solo repite y recicla los detritos de otras obras.

Ese es, también, el problema: que esta novela (ganadora del Herralde) se descuida—y por tanto: repite y recicla. Por ejemplo: el ficticio país latinoamericano en que sucede la historia, Miranda, se parece menos a cualquier país latinoamericano que a esa gastada imagen de las repúblicas bananeras que han masticado otras muchas obras escritas por otros muchos latinoamericanos. La trama (compuesta de amores malogrados, traiciones políticas y persecuciones policíacas) está tapizada de enredos dignos de algún folletín y los personajes, todos, terminan por fundirse con su caricatura: lo mismo el héroe de la historia, el incorruptible político opositor Pedro Akira, que el villano, un dictador zuelo de nombre Tomás del Pito, o el pobre diablo que narra la novela y suplanta al héroe cuando este es asesinado. Además: enfermeras sensuales y

disponibles, toscas guerrillas estalinistas, obvios escuadrones de la muerte y la previsible redención de un hombre que de pronto, transformado por quién sabe qué recurso literario, abandona su cinismo, adquiere conciencia política y se une a la causa opositora.

Desde luego que estos tópicos no se cuelean nada más así, tan inocentemente, en la obra. El narrador es un tipo ácido y astuto —más lo primero que lo segundo— y está al tanto de los clichés que van irrumpiendo mientras él relata la trama. No obstante, carece de la fuerza necesaria para reprimirlos o de agilidad para esquivarlos o, sencillamente, de valentía para hacerles frente y entrar en conflicto con ellos. Opta, de este modo, por una solución intermedia: reconocer primero la existencia del cliché, permitir un segundo después que se cuele libremente en el relato. Una y otra vez advierte: lo que se narrará a continuación emplea tales términos, tales imágenes que todo parecerá trivial y falso, “como en las películas”, “como en las peores películas”. Una y otra vez acierta: apenas después del aviso se relatan pasajes que, en efecto, lucen huecos y vanos, como calcados de malas películas, de las peores películas.

¿Qué pasa aquí? En realidad, nada que no hayamos visto en otras muchas novelas contemporáneas: que el autor se siente obligado a admitir el cansancio y la ineficacia de sus recursos novelescos, pero al mismo tiempo no está dispuesto a transformarlos y menos todavía a abandonarlos. Como a estas alturas ya todos conocen —aunque sea a través de rumores— los argumentos posmodernos y post-estructuralistas en contra de la mimesis narrativa, se concede: es cierto, algo no funciona bien aquí. Como actuar en consecuencia supondría dejar de hacer lo que se hace y trabajar escrituras más arduas y menos rentables, se propone una cómoda estrategia: no es necesario batirse contra las formas heredadas, basta con incorporar algo de esa crítica en el viejo recipiente de la novela. Es decir: basta con ironizar apenas, con entremecillar los clichés antes de consumirlos, con guiñar un ojo antes de cometer la falta. El resultado de esas prácticas: relatos convencionales

pero saturados de comentarios críticos sobre su propio convencionalismo, novelitas *camp* que coleccionan estereotipos solo después de haberlos denunciado.

Entonces: ¿es suficiente esa dosis de ironía? Si nos atenemos a esta novela, está claro que no. El narrador se burla de los estereotipos un instante antes de utilizarlos pero su burla, ay, no tiene los efectos deseados: no *limpia* al estereotipo, no alivia su fatiga, no cancela sus connotaciones, no lo deja listo para significar de nuevo o de otro modo. La verdad es que, aunque el narrador se ría de los tópicos, los tópicos se ríen más del narrador y arruinan su relato —desvían la historia amorosa hacia el melodrama, saturan la intriga política de caricaturas y juicios maniqueos. Peor: luego de 253 trabajosas páginas lo arrastran a una conclusión así de tópica: “La realidad de Miranda es siempre mucho peor que la imaginación, ya lo tengo bien aprendido.”

Por qué no se aprende mejor, y de una vez por todas, que lo que está en juego, al interior de una novela, es mucho y es relevante. Que la literatura supone, al fin y al cabo, una lucha por los signos y las representaciones. Que para disputar y conquistar un signo no basta con sonreír sarcásticamente. Hay que reír de veras: hasta sacudir el signo, hasta abrirle una grieta. —

— RAFAEL LEMUS

ENSAYO

Ensayar la historia



Enrique Krauze
De héroes y mitos
México,
Tusquets, 2010,
224 pp.

De héroes y mitos es un ensayar la historia desde distintos puntos de partida: ora con la excusa de un héroe, ora de un periodo, ora de algo más conceptual, o simplemente a partir de la aparición de algún libro que llama a comentar. Se trata de una colección de ensayos

impulsada por tres motores: decir lo que la historia ha sido para entender el presente y pensar el futuro, revisar y autocriticar algunas ideas que el propio Enrique Krauze ha venido barajando desde hace dos décadas y, finalmente, cimentar un presente democrático en la autocritica y la reconstrucción de lo mejor de la mitología patria. Una propuesta, pues, que por sugerente se impone y por política se expone.

De académicos y cosas peores

Como es claro aquí y allá en *De héroes y mitos*, al historiador Enrique Krauze lo ponemos de muy malas los profesores pedantes, escolásticos y liosos, nosotros los incapaces de hablar como Dios manda a quien Dios manda, es decir, al lector común, a la conciencia histórica con mayúscula. Krauze no nos quiere, a nosotros, los que escribimos para el colega del despacho de enfrente. Y tiene razón: somos unos impresentables, siempre a la caza del *tenure*, del SNI, de lo que con anticuada sensualidad llamamos estímulos, de los dineros para viáticos y fotocopias. Siempre tan entremecidos con las teorías de moda, los lenguajes privados de revistas especializadas y mundillos académicos. Como Gabriel Zaid, ese otro gran crítico de los académicos, Krauze expone nuestra insensatez con peculiar mala leche. Leer los párrafos de historiadores académicos que reproduce *De héroes y mitos* da tanta o más vergüenza que descubrirse en las fotos ambarinas con vela y Biblia en mano. Yo soy de esos que escriben kilos de similares párrafos, en inglés y español, y como tal me siento aludido pero doy por bienvenida y necesaria la crítica de Krauze.

Es más, debió haber sido más duro, pero para ello *De héroes y mitos* hubiera tenido que hacer un acto de contrición y otro de confianza. El de contrición hubiera sido aceptar que, para libros como este, nosotros, los académicos aburridos, somos como el aceite de hígado de bacalao, es decir asquerosos pero en extremo nutritivos. Varios ensayos del libro existen gracias a que unos pesados como uno sacaron los datos de archivos y bibliotecas oscuras; unos tediosos que,

aun cuando damos la lata con nuestras interpretaciones, hemos producido la información y las pistas de las que inevitablemente se nutre *De héroes y mitos*. Para algo, pues, servimos.

Y el acto de confianza era simple: *De héroes y mitos* podía haber confiado en que también se van al cielo todos los profesorcitos buenos; es decir, que los de adentro de los mundillos universitarios somos capaces de autoironía y burla. Porque si de criticarnos se trata, Enrique Krauze hubiera encontrado que en las universidades están los críticos más agudos de nuestras formas de conocimiento histórico. David Lodge, Daniel Bell, Simon Schama, Richard Morse o Beatriz Sarlo, Luis González, Guillermo Sheridan, Edmundo O’Gorman... todos son o fueron profesores, académicos que lo mismo se embarcaron en largas y tediosas investigaciones como hicieron la mejor crítica de lo que entendemos por historia o por el oficio de académico o historiador.

Lo que duele es el amor mal correspondido: Zaid o Krauze nos desquieren. En cambio, entre nosotros, los profesorcillos, hay muchos que nos nutrimos de ellos. Amor con amor no se paga, una lástima.

Del estilo personal de ensayar

El origen de varios de los ensayos incluidos en *De héroes y mitos* radica en la autobiografía del biógrafo Enrique Krauze. También es claro que el anclaje autobiográfico sostiene una sana línea autocrítica del libro que, después de todo, vuelve a los temas que Krauze empezó a tratar en la década de 1980. Así, de su sociabilidad mexicana nacionalista, de sus lecturas de adolescente, de escuchar *La Hora Nacional*, de recorrer como hijo o como padre los lugares de memoria mexicanos, de todo ello, Krauze deriva no solo una crítica a lo que él denomina la “historia de bronce”, sino un reajuste de sus propias visiones anteriores sobre, por ejemplo, México como país carlyleano o sobre lo atinado del diagnóstico de Cosío Villegas en 1947 —con aquello lapidario de: “todos los hombres de la Revolución mexicana, sin exceptuar a ninguno, han resultado inferiores a las exigencias de ella; y si, como puede sostenerse, éstas eran bien modestas, legítimamente ha de concluirse que el país ha sido incapaz de dar en toda una generación nueva un gobernante de estatura”. Acaso hace dos décadas a Krauze le había seducido el Carlyle enamorado del Dr. Johnson, pero al Krauze de hoy le resulta impresentable el Dr. Francia de Carlyle, ese déspota paraguayo que era como el Dionisio de Siracusa, un tirano indispensable y por ello heroico. Krauze, pues, baja del pedestal no solo a los héroes de la historia nacional, sino a los de las historias que él ha contado. Enhorabuena.

Por hablar de la historia mexicana en clave bíblica, Krauze parte de lo que, el lector asume, debe ser un atesorado relato familiar: el niño de la familia responde al patriarca del clan explicando el Haggadah —la liberación de la esclavitud del pueblo judío en Egipto. Y el niño saca a cuento aquello de Moisés, Dios y las plagas pero bellamente edulcorado con el islote, el lago y el nopal, sin faltar el águila y la serpiente. Y de ahí Krauze avanza una lucidísima explicación de la historia mexicana en clave bíblica —de cómo cronistas, historiadores o indígenas leían su pasado, a ratos como simples descendientes de la tribu perdida de Israel, a ratos en metáforas sacadas

del viejo y nuevo testamentos. Lo mejor es que Krauze es abierto; habla de esas vivencias personales, de familia, y con ello comprueba lo que Marc Bloch sugirió en aquel lindísimo ensayo escrito desde las trincheras de la resistencia francesa: quien escribe historia siempre está delineando los contornos de su sombra. En efecto, la buena historia sale como el buen güisqui: con el sabor de la barrica.

En México, pocos como Krauze para habitar con holgura el ensayo histórico. En *De héroes y mitos* hay lúcidos momentos del género, como la citada lectura de la historia de México en clave bíblica desde la conquista hasta el presente, pasando por el siglo XIX, o como la relectura de *La sucesión presidencial de 1910* de Francisco I. Madero a la luz de la democracia que llegó en el 2000, o el examen de la Reforma cual ilustre eje de la historia mexicana pero infectado desde siempre de intolerancia. Igual puede decirse del ensayo sobre las celebraciones de Hidalgo a lo largo de los siglos XIX y XX. Todo lo dicho queda mejor en tono de ensayo, de provocación, de sugerencia erudita pero ceñida, un trago para pensar más allá de las monografías exhaustivas llenas de citas exegéticas. En fin, en este libro hay verdaderas muestras de eso que es indispensable para conocer y reconocer el pasado: el ensayo histórico es, creo, la manera natural en que evoluciona nuestro conocimiento histórico, y no siempre a través de sesudas monografías.

Pero permítaseme aquí una crítica de pedante profesor: hay un doble despropósito en nuestra vida pública: la comentocracia historicista que no duda de su historia porque sabe poco de ella; y los historiadores lanzados a la opinión pública que insisten en meter con calzador a la historia, que conocen y cuestionan, en un presente que apenas entienden, no por lerdos sino por la simple razón de que es presente. De lo primero hay varios ejemplos ilustres, prominentes opinadores que asumen que todo suceso actual —digamos, la violencia o los frijoles, tanto da— debe ser comentado empezando por el altépetl, la Conquista, el virrey don Juan de O’Donojú, Juárez, Carranza, Calles, 1938, 1968 y 2000. Es un falso historicismo porque, aunque asume que todo presente



se explica por la historia, parte de una perspectiva incapaz de historiar su propia historia, no duda del esquema cronológico de verdades sabidas. Hay muchos de estos en la prensa. Krauze no es de ellos: sabe historia, la cuestiona, la revisa, la releo y repiensa, pero siente que esa historia de alguna manera ha de pronunciar el presente y —más importante en Krauze— ha de murmurar el futuro.

Todo ensayo histórico se refiere al pasado pero es sobre el presente, eso está claro. Pero el que cada ensayo acabe discutiendo el aquí y el ahora con pelos y señales es un flaco favor al ensayo histórico, un llamado a una pronta caducidad. A veces hubiera querido que Krauze acabase, por ejemplo, el ensayo sobre la lectura bíblica del pasado mexicano tres o cuatro páginas antes del final, antes de pasar de Scholem y el mesianismo judío a López Obrador como Mesías. Eso, como dice mi hija medio catalana y medio gringa, es una “mica too much”. Pero Enrique Krauze, como el corresponsal de Sor Juana, el jesuita portugués António Vieira, se quiere historiador *do pasado e do futuro*, y no se corta de caer al presente para marcar sendas de futuro. Yo, como aburrido historiador, prefiero dejar que la interpretación del pasado sea el diagnóstico del presente y la sugerencia de futuro, pero sin plantar letreros explicativos, flechas que indiquen claramente el camino al aquí y al ahora, sino solo como quien deja guijarros en el camino. *De héroes y mitos* parece sentir que si no se habla del aquí y el ahora sin tapujos no se ensaya historia. Pero es cuestión de gustos.

De los mitos a los mitos

Por revisar “la historia de bronce”, Enrique Krauze cae en la necesidad de lo que yo echo en falta; es decir, un pragmatismo histórico para hoy. Más que eliminar el orgullo histórico de ser mexicanos, hay que darle un nuevo sentido. Krauze descubre detrás de todo el edificio de mitos, héroes y sucesos mexicanos una sana y mínima noción de “nosotros”; encuentra héroes no como el “Dionisio de Paraguay” de Carlyle, sino más carnales, humanos y populares. Krauze sugiere que de alguna manera hay que salvar lo que llama “nuestra pequeña porción de fraterni-

dad”. Podemos, claro, con base en hechos históricos, deconstruir cada héroe, mito o suceso de la historia que nos da conciencia de nosotros—los historiadores de cubículo lo seguiremos haciendo. Pero, como he dicho en otras partes, estos menesteres son cabeza de hidra: no bien corta uno la testa de un mito surgen dos. Además, no es sin mitos que podremos inventar futuro. Como decían los clásicos, el logos no es necesariamente opuesto al mito.

Decía Aristóteles: “si uno separa el mito de sus bases iniciales —esto es, por ejemplo, la creencia de que todas las sustancias primarias son dioses— y considera las bases solamente, se vería que la tradición es realmente divina”. Los mitos dicen, con cierta base real, lo que no es decible de otra manera; sus fábulas, de acuerdo con los griegos, eran “el vehículo para los primeros balbuceos del logos”. Es más, son la base de lo que los historiadores de la democracia como Edward Morgan han llamado el *make believe* indispensable para sostener la idea de representación popular, de bien común, en suma, de democracia viable. Nuestros mitos nacionales, como Krauze sugiere, con todos sus problemas, son potencialmente la única base del *nosotros* y pueden tener como sustrato real principios nada desdeñables. Es decir, la Revolución como mito de superioridad espiritual, de regreso al yo mexicano, de lucha popular, quitada de bordes y excesos demagógicos, ideológicos, raciales y retóricos, es simplemente el mito de la medianía, de la vía media, del promedio, de la igualdad. No está mal, lo que hace falta no son más historiadores revolucionario-nacionalistas que sigan dándose vuelos con los viejos mitos, o más historiadores posmodernos que deconstruyan los mitos derivados de ese gran mito revolucionario—el mestizaje o el Estado de bienestar— sino historiadores que glosen el gran mito de tal manera que se nutra del presente y del futuro democrático. No es tarea fácil: se requiere de imaginación histórica y eso escasea. *De héroes y mitos* marca ya una de las sendas a seguir.

La imaginación que ha de surgir, no obstante, no ha de venir de la consabida caja de trucos. No vendrá de lo que *De héroes y mitos* llama la “historia de bronce”,

pero tampoco de las querellas que los historiadores venimos ventilando desde Lucas Alamán: que si Hidalgo fue héroe o bribón, que si Iturbide sí o no, que si 1808 o 1810 o 1821, que si guerra de independencia o guerra civil o guerra por Fernando VII, etcétera. De la cantidad de libros del 2010 podemos concluir que la estructura de nuestra historia no parece estar necesitada, cual los olivares maduros, de serias zarandeadas. La historia nacional es más fuerte que cualquiera de nuestras dudas. Excelente noticia, hay harto fundamento para el *nosotros*, como afirma *De héroes y mitos*. Pero la imaginación histórica tiene que darle una nueva dirección a ese *nosotros*, porque el presente y el futuro cercano no riman con las historias que venimos contando. Son historias que viven huérfanas de un presente que las active, un prólogo sin libro.

De héroes y mitos, en este aguacero de libros de historia que fue el 2010, invita a conjeturar la historia que aún no hemos escrito, porque piensa el pasado con la seriedad a la que se obliga el que piensa el futuro. *De héroes y mitos* recuerda el oficio que explicara ese otro autobiógrafo, Henry Adams: historiar es “triangular desde la base más amplia posible hacia el punto más futuro que el historiador cree poder ver, el cual siempre está más allá de la curvatura del horizonte”. —

— MAURICIO TENORIO TRILLO

HISTORIA LITERARIA

La lengua acotada



**Dario Puccini
y Saúl Yurkievich**
*Historia de
la cultura
literaria en
Hispanoamérica*
México, FCE,
2010, dos vols.,
817 y 994 pp.

“*Historia literaria desideretur*” (o, en buen romance, “se echa de menos una historia literaria”), lamentaba Francis Bacon en el siglo XVII, mucho antes de que aparecieran las primeras historias modernas de la literatura. Pocos fenómenos

literarios más interesantes, justamente, que el de historiar la literatura. ¿Cómo se escribe, en efecto, una historia literaria? Tan habituados estamos a ella que damos por hecha una serie de supuestos que merecerían una reflexión más detenida. Por ejemplo, nos parece de lo más normal que la historia literaria proceda por nacionalidades: historia de la literatura francesa, inglesa, española, mexicana, chilena, etcétera (naturalmente, la historia literaria, hija del Romanticismo, supone que en la literatura se expresa el ser particular de un pueblo o nación y que en ella encontrará rasgos únicos y distintivos). Ahora bien, supongamos por un momento que un buen día decidiéramos que ya no es posible estudiar la literatura mexicana en su conjunto (¿cómo reducir esa pluralidad, lo escrito en Tijuana y lo escrito en Tuxtla, a un solo discurso?, ¿no es, bien visto, absurdo?) y que a partir de ahora habría que estudiarla por estados. Habría, así, una literatura quintanarroense (claramente diferenciable, por supuesto, de la yucateca o campechana), una literatura tabasqueña, otra chiapaneca, una colimense, otra michoacana, una hidalguense... Bueno, la misma idiotez es la que aceptamos sin problemas cuando dividimos la literatura escrita en lengua española en española, mexicana, guatemalteca, nicaragüense, venezolana, colombiana, ecuatoriana, peruana, chilena, argentina, etcétera (lo que hay en el fondo, si es que hay algo, es una literatura hispánica, desde el *Cid* hasta el último poema o novela escritos en español en Los Ángeles y, si me apuran, lo que verdaderamente hay es una literatura románica, escrita principalmente en portugués, español, francés e italiano, para no meternos en honduras de la *Weltliteratur* que postulaba Goethe...).

Antes, en los buenos tiempos de la historia literaria, este tipo de obras era el resultado de un esfuerzo, ciertamente titánico, de un solo individuo. Así la *Historia de la literatura francesa* de Lanson, la *Historia de la literatura inglesa* de Saintsbury, la *Historia de la literatura italiana* de De Sanctis (aun hace no mucho Martín de Riquer compuso, junto con José María Valverde, una ambiciosa y anacrónica *Historia de la literatura universal*, de la cual su parte

es admirable). Hoy esos tiempos parecen perdidos para siempre. Las historias de la literatura son obras colectivas, académicas, escritas por un grupo de concienzudos eruditos con áreas de especialidad bien delimitadas. Se entiende: es casi humanamente imposible, con el grado de especialización que han alcanzado los estudios literarios, que una sola persona posea los conocimientos suficientes para abarcar una literatura. Y, sin embargo, algo se ha perdido en el camino. Aquellas obras tendrían limitaciones y lagunas obvias, pero representaban una visión unitaria, coherente y totalizadora de una tradición literaria. No eran meras obras de consulta o manuales, sino obras literarias ellas mismas; en los mejores casos, se volverían parte de la literatura que pretendían historiar. Hoy, en cambio, la mayoría de los historiadores y críticos literarios están resignados a ser pigmeos (ojalá no fuera así, ojalá queden por ahí algunos megalómanos dispuestos a devolver a la historia y la crítica su antigua grandeza). Por lo demás, los autores de estas historias clásicas solían ser verdaderos escritores, concebían la prosa histórica y crítica como una prosa artística, no como un catálogo o un informe científico o burocrático.

Versión española de una obra italiana (*Storia della civiltà letteraria ispanoamericana*), la *Historia de la cultura literaria en Hispanoamérica* de Dario Puccini y Saúl Yurkievich (habría faltado indicar en la portada “coordinadores” o “editores” para no pensar que son ellos los únicos autores) es una historia colectiva de la literatura hispanoamericana (la “cultura literaria” se antoja algo más amplio y complejo). Es una útil obra académica de consulta, de estudio, no de lectura. La introducción, donde se justifica la obra, contiene algunos puntos que vale la pena discutir. Lo que primero pareció preocupar a los editores fue establecer que la literatura hispanoamericana, pese a sus diferencias, es fundamentalmente una (y nada parece más convincente), pero, de alguna manera que nunca se explica satisfactoriamente, esencialmente distinta a la española: “En América Latina nunca se confunde la literatura hispanoamericana con la española”, aseveran categóricamente en un arranque

de afirmación latinoamericanista (p. 10). No, no las confundimos, como tampoco confundimos la mexicana con la argentina, por ejemplo, pero eso no nos impide observar la fundamental unidad de toda la literatura escrita en español (de modo más sorprendente se señala que mientras que la lengua española en América es una sola y aquí todos nos entendemos, esto no nos ocurre respecto a España). Así las cosas, un costarricense podría legítimamente sentirse identificado en términos literarios con un boliviano o un uruguayo, pero no tanto con un español. Esta confusión nace, desde luego, del principio de la obra misma: puestos a escribir la historia de la literatura X, lo primero que haremos es buscar (y encontrar, faltaba más) las características que hacen singular y distinta a esa literatura. Si alguien me encomendara, qué sé yo, una historia de la literatura xalapeña, regiomontana o de la delegación Tlalpan, tarde o temprano probablemente me las arreglaría para señalar los inconfundibles rasgos de identidad de esa literatura única.

La *Historia de la cultura literaria en Hispanoamérica* fue comisionada a diversos especialistas y, como suele ocurrir en este tipo de obras, resulta a ratos desigual. Hay capítulos notables, bien escritos y documentados, como los de José Pascual Buxó, José Miguel Oviedo y Claude Fell, por mencionar solo tres, y otros de lectura más bien penosa, redactados en la más insípida de las prosas académicas, mal informados o de juicios temerarios (mi favorito, el dedicado al teatro de Juan Ruiz de Alarcón y sor Juana, esos dos intelectuales coloniales “cuya creatividad se encuentra amputada por una adhesión indiscutible a los modelos metropolitanos”, p. 386). Hay disparidades y repeticiones, pues los temas no siempre están bien delimitados y un autor vuelve a tratar lo que otro ya trató. Hubiera sido deseable, también, adoptar un solo criterio para su elaboración (por ejemplo, si se quería una historia estrictamente académica con notas a pie y referencias bibliográficas precisas, hacerlo así en todos los capítulos; si se quería una historia menos especializada y más al alcance del lector común, lo que sería igualmente válido, proceder en consecuencia, pero mezclar ambos crite-

rios la hace más dispar de lo necesario). Hay capítulos que siguen el modelo de la historia literaria más tradicional (básicamente, un repaso de los principales autores y obras), otros son más bien un ensayo de interpretación con puntos de vista muy particulares. Se extraña, pues, una línea rectora que planteara con claridad el carácter o los objetivos de este trabajo. Por lo demás, la *Historia de la cultura literaria en Hispanoamérica* será una obra de referencia útil (el interesado encontrará aquí los datos pertinentes sobre tal y cual autor u obra) y de sugestiva lectura en algunos de sus capítulos, si bien no memorable en su conjunto. “*Historia literaria desideretur...*” —

— PABLO SOL MORA

ENSAYO

La mirada del patólogo



Francisco González Crussí
Ver / Sobre las cosas vistas, no vistas y mal vistas
México, FCE, 2010, 300 pp.

Los ojos del patólogo no son diferentes. Lo diferente es su mirada. Miran distinto y lo hacen desde otros sitios. Sus órbitas albergan ojos curtidors por las imágenes propias de su quehacer: Ven cosas vistas, no vistas y mal vistas. Al mirar, hablan y tocan. La patología es la ciencia del mirar.

Los microscopios viejos hacían que lo invisible se convirtiese en visible. Los microscopios nuevos han logrado que lo inimaginable se convierta en materia tangible y que las ideas no pensadas o mal pensadas se transformen en realidades palpables. Muchas vidas dependen de los ojos del patólogo e incontables decisiones médicas de los diagnósticos histopatológicos. Los ojos del patólogo escrutan los recovecos más íntimos del ser, de sus tejidos y de sus células.

Los ojos de Francisco González Crussí, además de mirar a través del microscopio y diagnosticar cánceres,

abscesos o quistes miran más allá: penetran el alma y la psique. En *Partir es morir un poco* (UNAM, 1996), tomo autobiográfico, González Crussí cuenta acerca de la farmacia de su padre; las pieles de víboras de cascabel, el “ungüento del soldado”, la pomada del “pampuerco” y los botes de latón llenos de productos vegetales, entre otros remedios mágicos, fueron, supongo, una de las razones por la cuales abrazó la medicina.

Gracias a su dualidad como patólogo —fue jefe del departamento de Patología en el Children’s Memorial Hospital de Chicago— y como hombre de ideas, González Crussí mira lo que otros no miran. *Ver / Sobre las cosas vistas, no vistas y mal vistas* refleja algunas porciones de ese binomio. Arropado por el microscopio, por la literatura y por la historia, escribe sobre el arte de cómo mirar la vida.

Emmanuel Lévinas escribió: “desde el momento en que el otro me mira yo soy responsable de él”. Mirar es una responsabilidad humana y filosófica; mirar, cuando las ideas revelan lo que otros no saben, es una virtud. *Ver / Sobre las cosas vistas, no vistas y mal vistas* es una apología del acto de mirar a través de las palabras y de las lentes del microscopio. Nueve ensayos no relacionados entre sí conforman el libro. Se pueden leer en orden o en desorden. Atendiendo al apetito de la vista los médicos seguramente arrancarán la lectura en “El ojo clínico”; los lectores dueños de una mirada escrutadora podrán iniciar en “Ver es creer y creer es ver”; a quienes los mueva la curiosidad quizás leerán primero el capítulo “Los genitales femeninos: el principal tabú masculino”.

En sus libros González Crussí mira “un poco más allá”. Sus confesiones: “Dediqué muchos años de mi vida profesional a mirar preparaciones microscópicas: células sueltas o secciones de tejidos apropiadamente teñidas y montadas en portaobjetos.” Su infinita sabiduría es salpicada de citas como la que describe la historia de un templo dedicado al ojo en la antigua Mesopotamia, donde algunas estatuillas tenían ojos pero no cabeza. Dice, sobre la fas-

cinante trama de la morgue de París de los siglos XIX y XX: “La morgue no era una guarida en mal estado donde algunos individuos miserables de conducta desviada satisfacían una discutible propensión: era un lugar donde, si un cadáver había sido blanco del sensacionalismo periodístico, más de 40,000 parisinos lo visitaban en un solo día.” Sus anécdotas acerca de los mitos del “ojo clínico”, así como la poética de las ideas cuando se refiere a un tratado del siglo XVII de Jean-Baptiste Porta donde se discurre sobre “ojos que tiemblan”, “ojos risueños”, “ojos tristes”, “ojos que tienen ojeras de varios colores” y “ojos que se mueven hacia arriba y hacia abajo”, son algunas referencias de lo que sucede cuando González Crussí mira “un poco más allá”.

Lo observado puede modificar las percepciones de quien observa. La historia de lo visto, el deseo de quien otea, la cualidad de las cosas o el peso del infatigable tiempo modifican la sensibilidad de las personas. Si bien no se ha escrito un texto sobre la “Historia de la vista”, los ensayos reunidos en este libro son un abrevadero acerca de los significados de mirar. La erudición del autor le permite diseccionar, por medio de sus bisturís —es patólogo—, y de sus múltiples saberes, las implicaciones de “ver”. Esa pasión deviene meditaciones filosóficas sobre la relación entre quien ve y lo que se ve, y entre lo que se escucha y lo que se entiende.

La pulsión del autor para ver es ilimitada. La visión es el sentido de más peso cuando de supervivencia se habla; además, la mirada siembra curiosidad. La curiosidad es una cualidad innata de los patólogos; al sumergir sus ojos en los tejidos enfermos, durante horas y horas, escrutan y nutren su curiosidad. “Lo que determinó —escribe González Crussí— que el cuerpo debería verse como un objeto interesante en sí mismo fue la curiosidad”, a lo que agrega: “Nuestro deseo de ver el interior del cuerpo surgió estrictamente de la curiosidad: el impulso de ver ‘por el hecho de ver’, esto es, de investigar lo que está oculto.” En lenguaje cotidiano: Ver para existir.

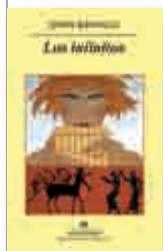
Apoyándose en una gran variedad de fuentes —mitos, anécdotas, historia y medicina— González Crussí comparte algunos rincones de su erudición y de su sensibilidad y conjunta las lecciones de las enfermedades con las enseñanzas de la cultura. Su magnífica prosa se suma a su larga cadena ensayística, en la que los comunes denominadores son la sabiduría y la prosa bien hilada. *On seeing / Things seen, unseen, and obscene*, escrito originalmente en un inglés impecable, cuenta con amplias referencias bibliográficas y diez ilustraciones. La traducción al español de Liliana Andrade Llanas es excelente. Aunque los nueve ensayos no se relacionan entre sí, hubiese sido adecuado agregar un prólogo y quizás un epílogo.

Algunos patólogos miran con muchos ojos. Los colores de las preparaciones de histopatología superan la imaginación del arcoíris y las formas de la realidad. González Crussí es una *rara avis*. Su sensibilidad le permite ver lo evidente, mirar lo no visto y comprender lo mal visto. —

— ARNOLDO KRAUS

NOVELA

El silencio y los dioses



John Banville
Los infinitos
trad. Benito
Gómez Ibáñez,
Barcelona,
Anagrama, 2010,
296 pp.

A estas alturas, son pocas las novedades literarias que logran despertar de la abulia. Pongamos por caso el descubrimiento de un manuscrito de Nabokov, la anhelada reedición de tal o cual obra, o un último libro de Banville.

El irlandés se ha convertido para muchos lectores y críticos en su esperanza de la literatura. Al galope de la poesía y montado en una prosa en perpetuo estado de gracia, cumple la proeza de mejorar siempre su libro anterior.

Ahora es *Los infinitos*, la primera novela después de *El mar* (Anagrama, 2005), ese intenso y poético relato salpicado por las olas y la muerte, donde Max Morden —crítico de arte experto en Bonnard— repasaba su vida luego del fallecimiento de su esposa Anna, y volvía una y otra vez a la playa de su infancia. Con *El mar* el autor ganó el Booker Prize y logró su consagración definitiva. John Banville (Wexford, Irlanda, 1945), ex editor literario de *The Irish Times* y de *The Irish Press*, cautivó a la crítica desde sus primeros libros: una tetralogía de novelas dedicadas al pensamiento científico, escritas entre 1976 y 1986 (traducidas años después al castellano): *Kepler*, *Copérnico*, *Mefisto* y *La carta de Newton*. Sin embargo, sus libros mayores llegaron en la década de 1990 con la trilogía que conforman *El libro de las pruebas*, *Ghosts* y *Athena*; así como la exquisita novela *El intocable*, dedicada a uno de los “cuatro espías de Cambridge”, Sir Anthony Blunt, historiador de arte, conservador de la colección de pinturas de la reina de Inglaterra y espía de la Rusia comunista. Años después, publicó la saga —incompleta— de *Eclipse* e *Imposuras*. A la par de esta producción, ha publicado policiales en Alfaguara bajo el seudónimo de Benjamin Black.

Los infinitos es una novela en la que los dioses se miden con los hombres, comparten sus sueños, se acuestan con sus mujeres y se comen sus almuerzos. Una reinterpretación del mito de Anfitrión, donde Zeus conquista a una mujer haciéndose pasar por su marido. Con una estructura armada en sencillez aparente, digamos a la manera del drama clásico, está acicalada con una prosa elegante, una enciclopedia científica y un desafío intelectual. Es una novela que transcurre en un solo día, una novela de misterio sobre el miedo a la eternidad, la alegría de un amanecer, las maneras de la muerte. Banville es un escritor que escribe como los dioses, en el más terrenal de los mundos. *Los infinitos* es un título a tino con sus obsesiones y con las de sus personajes: Gabriel Swan en *Mefisto*, Freddie Montgomery en *El libro de las pruebas*, Victor Maskell en *El intocable*, Alexander Cleave en *Eclipse* y Max Morden en *El mar*, todos alumnos del *Ulysses*

de James Joyce, ante el cual Banville ha construido su propio altar.

Esta novela, como muchas otras de su extensa obra, se desarrolla en una casa, un espacio bucólico y familiar donde todo se pone en juego y donde las estructuras existenciales de sus habitantes se bambolean frágiles ante los vientos de sus propias historias. La casa tiene un nombre: Arden, y el patriarca, Adam Godley, el “viejo Adam”, está en coma, supuestamente al borde de la muerte. En torno suyo se reúne toda la familia: su segunda esposa Ursula, que trago a trago se debate ante el fantasma de su antecesora suicida; sus hijos Petra y Adam, un adolescente de cuarenta años acompañado por su bella esposa Hellen, una actriz que se mueve con sutileza en esta convivencia. Todo más o menos normal como en cualquier reunión familiar llena de melancolías y resentimientos, donde los partes médicos, las visitas y el mundo circundante se cuelean en los entresijos de una relación frágil pero vital. Godley ha sido un reputado físico matemático que ha estudiado toda su vida los infinitos sin llegar a ninguna conclusión. Sin embargo, sus investigaciones han ayudado a descubrir universos paralelos. De estos universos paralelos se agarra Banville para desarrollar historia sobre historia y crear un poderoso conjunto inconmensurable como el universo: este día, en esta finca grande del campo irlandés los dioses griegos están vivos y son los que nos cuentan la historia. No es que regresen, nunca se han ido. Hermes es el narrador y Zeus y Pan se mueven de aquí para allá tanteando la vida de los mortales en el pesado silencio de la casa.

Entre las cosas que creamos para que les sirviera de consuelo, el amanecer da buen resultado. Cuando la oscuridad se desmenuza en el aire como terso y blando hollín y la luz se extiende despacio sobre el Este todo el género humano, menos sus miembros más desdichados, vuelve a vivir. Los inmortales solemos disfrutar del espectáculo, esa diaria resurrección menor, reunidos en el parapeto de las nubes con la mirada puesta en ellos, nuestras queridas criaturas,

mientras se remueven para recibir al nuevo día. Qué mutismo cae entonces sobre nosotros, el triste silencio de nuestra envidia.

Así inicia el libro, y así continúa por casi trescientas páginas. Cada tanto, Banville apela a la comicidad, acaso como marca de la tradición de las letras irlandesas, si pensamos en el humor que hay en las obras de Joyce, Flann O'Brien, Jonathan Swift, William Traver y en la suya propia.

Como en *El mar*, *Eclipse*, *Imposturas* o *El intocable*, los personajes de *Los infinitos* se debaten entre el cúmulo de vidas. Divagan constantemente para saber quiénes son, buscando una identidad a la cual aferrarse. Este libro constituye otro tratado de Banville sobre la muerte. Soporta con ilusión la vida: nos dice que hay esperanzas en otras dimensiones. Probablemente, en el resplandor de su propia poesía. —

— GASTÓN GARCÍA

ENSAYO

Del fracaso del siglo al futuro imposible



María Amparo Casar y Guadalupe González (eds.)
México 2010 / El Juicio del siglo
México, Taurus, 2010, 328 pp.



Érika Ruiz Sandoval (ed.)
México 2010 / Hipotecando el futuro
México, Taurus, 2010, 248 pp.

La imagen se dibuja como el lugar común del viajero. Es decir, aquella que recibe a los viajeros cuando se aproximan por tierra o por aire a la periferia de todas o casi todas las ciudades del México de hoy.

Es la imagen y la sensación que dejan cada uno de los ensayos de *El juicio del siglo* (compilación de María Amparo Casar y Guadalupe González); la de un México que luego de un siglo de Revolución parece construido a medias, en tonos grises, en medio de cascajo, escombros, edificaciones inconclusas que, parece, nunca serán terminadas; paredes simuladas, ladrillos abandonados y lozas apenas en cimbra...

El México que han dejado las fechas centenarias de 1910 y 2010, y que es revisado por el ojo crítico, cáustico, puntual y a veces chabacano de un puñado de estudiosos y pensadores de hoy.

Los ensayistas parecen concluir que se han cumplido los postulados de la gesta social mexicana que inauguró el siglo XX, luego de cien años de una Revolución sin doctrina, de una Constitución de avanzada, una Guerra Cristera, la Expropiación Petrolera, décadas de bonanza del Desarrollo Estabilizador, seguidas de otras décadas de recurrentes crisis económicas y de la guerra sucia del autoritario nacionalismo revolucionario; del reparto agrario, de la educación masiva, del Seguro Social, de la caída del PRI, la llegada del pluralismo, el arribo de la transición democrática y la llegada al poder de la derecha y la izquierda.

En efecto, se han cumplido los postulados revolucionarios, pero todos parecen estar de acuerdo en que esos postulados son fallidos. ¿La razón? Que a cien años de iniciada la Revolución, el México que dibujan los estudiosos y pensadores no es muy distinto al que perciben los viajeros que se aproximan a la periferia de las grandes ciudades; un México inconcluso, en obra negra.

Y en efecto, no existe más el gobierno autoritario y nada democrático de Díaz, pero la terca realidad se ha encargado de recordar todos los días, en los últimos años, que vivimos la dictadura de la partidocracia. Es decir, que si bien fue derrotada la dictadura perfecta que mantuvo al PRI en el poder por más de siete décadas, también es cierto que el PRI colonizó a la derecha y a la izquierda, y que está muy lejos

la extinción del PRI como lo hemos conocido, porque parece que estaría en la vía de regreso.

Y los ejemplos de la obra negra abundan; una reforma agraria concluida, pero un campo abandonado y unos campesinos más pobres que nunca, estimulados más por el cultivo de enervantes que de alimentos. La industrialización, educación, urbanización, la salud pública... todo es una realidad revolucionaria. Pero todo parece inconcluso, ineficaz; inacabado, si no es que en la vía de vuelta al pasado.

Y para muestra un botón. El mayor avance democrático, el electoral, con sus flamantes y costosos aparatos de legalidad, certidumbre e imparcialidad, es demolido en una impensable vuelta atrás, a un pasado en donde todo parecía listo para edificarse; pero resulta que para la obra no hay más que albañiles improvisados, inventados pintores de brocha gorda y aprendices de brujo.

En *El juicio del siglo* (de la colección "México 2010"), las compiladoras y editoras, María Amparo Casar y Guadalupe González, además de Héctor Aguilar Camín, José Ramón Cossío, Federico Reyes Heróles y Francisco Suárez Dávila, nos regalan un juicio inteligente y fresco —y sobre todo plural— del siglo que para algunos de ellos parece en obra negra.

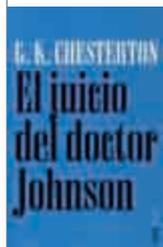
La colección se complementa con otro puñado de ensayos agrupados bajo el título *Hipotecando el futuro*, donde los participantes ensayan una mirada al futuro de los próximos veinticinco años. ¿Cómo será el México de 2035? Compilado por Érika Ruiz Sandoval, y con la colaboración de Nicolás Alvarado, Gerardo Esquivel, Silvia E. Giorguli Saucedo, Fausto Hernández Trillo, Alejandro Moreno, Pedro Salazar Ugarte y Jesús Silva-Herzog Márquez, el título abunda en el fracaso económico, político, cultural, educativo, agrario...

A pesar de ensayar lo imposible —el futuro— los estudiosos creen que el México del siguiente cuarto de siglo parece hipotecado. —

— RICARDO ALEMÁN

TEATRO

Gato encerrado



G. K. Chesterton
El juicio del doctor Johnson
trad. Miguel Martínez-Lage,
México, Sexto Piso, 2009,
110 pp.

Hilaire Belloc comienza su conocida recomendación de Gilbert Keith Chesterton, su socio y su sosias, asegurando que puede y debe ser comparado con el doctor Samuel Johnson. Pero algunas páginas después, al destacar la grandeza de Chesterton como crítico de las letras inglesas, Belloc omite a Johnson de la lista de notables que el autor de *La esfera y la cruz* estudió y exaltó. Creo, contra lo que hubiera calculado hace pocos días, que las relaciones de Chesterton (1874-1936) con Johnson (1709-1784), las del supuesto alumno con el hipotético predecesor, no fueron ni fáciles ni fluidas y que, para explicarse frente a su conciencia, Chesterton escribió *El juicio del doctor Johnson* (1927), una de sus comedias.

Mucho, en principio, pareciera unir a Johnson con Chesterton: ambos maestros de la prosa inglesa fueron gordos y gigantones, caracteres pícnicos si los hay, humoristas guiados por el sentido común, cristianos vehementes (cada cual a su manera, uno ejerciendo de escéptico, el otro de controversista) y conservadores frecuentemente irrebates, el supremo azote del espíritu *whig* donde quiera que se manifieste. A los dos les dio por la asociación crea-

dora: al doctor con James Boswell, a Chesterton con Belloc, padres de una quimera, el Chesterbelloc. Uno y otro siempre son dos. (Por cierto: ¿no quisieron Borges y Bioy multiplicarse a partir del ejemplo de esos cuatro ancestros?)

Johnson y Chesterton —y retomo aquí una idea de Giorgio Manganelli en su breve *Vita di Samuel Johnson*— expresan la sociabilidad característica de lo inglés en literatura, son creadores y practicantes de una ilusión decisiva, la de ser escritores que no escriben para el rey, la corte, el resto de los letrados o las academias, sino para toda la sociedad. Además —y aquí es a Josep Pla a quien parafraseo— los dos debieron ser muy buenas personas y, tratándose de intelectos de su magnitud, el ser buenas personas los equipara con los ángeles.

No aparece mucho Johnson en los ensayos más conocidos de Chesterton ni en su *Autobiografía* (1936), donde recurre al doctor en tanto que tipo y como surtidor inagotable de lo idiosincrático. Y leyendo *El juicio del doctor Johnson*, uno encuentra una disimulada acritud en la manera en que Chesterton lo presenta. La comedia, cuyo desenlace no le voy a contar al lector, es un panfleto contra los radicales que, en tiempos de la independencia de los Estados Unidos y del apoyo de Francia a las trece colonias irredentas, aparecen representados por un matrimonio, modernísimo, de norteamericanos que desembarcan como espías en las islas occidentales de Escocia. Allí se topan, casualmente, con un par de caballeros: Johnson y Boswell. Marido y mujer —más parecidos a los radicales de Greenwich Village que fueron contemporáneos de Chesterton que a los *whigs* de 1775 combatidos por Johnson— se enfrentan a la sagacidad patriótica del doctor, capaz de desen-

mascararlos y de someterlos al ridículo. Edmund Burke aparece, por cierto, como actor de reparto.

Chesterton, en la nota que antecede a *El juicio del doctor Johnson*, apenas la segunda obra de teatro que escribió, advierte que la obra es una ficción y en ella los auténticos comentarios del doctor aparecen esparcidos a lo largo del texto, parodiados. Aclara, gozoso, que ese “incidente” no aparece en el libro de Boswell. Chesterton, usando a Johnson, se burla de la mujer moderna —Mary Swift, la espía— y la retrata como una entrometida sin opiniones propias. En una esposa radicalizada queda más claro que en ninguna otra criatura aquella máxima chestertoniana de que las ideas nuevas suelen ser solamente viejos errores. Pero, sobre todo, a través de ella, Chesterton se burla del doctor Johnson, a quien personifica como “una vieja muñeca de la infancia llena de polvo”. Concuera con el conservadurismo del doctor pero en él Chesterton encuentra, es obvio, al vicioso e irreligioso siglo XVIII, capaz, como lo hacía Johnson, de entrometerse en todo, ajeno al error y a la verdadera fe, inmune a los misterios. ¿Qué hubiera pensado, a su vez, Johnson, de las paradojas del católico Chesterton? Quizá le hubieran parecido el colmo de la hipocresía y Chesterton, un artificioso y un insincero consumido por el esfuerzo de decir dos veces la misma cosa, una para él, la otra para el público. Porque el público de Chesterton lo congregó Johnson. Pero fue Chesterton quien se dio el lujo de actuar, empelucado, polvoso y con un lunar de fantasía, en una de las representaciones domésticas que se hicieron de *El juicio del doctor Johnson*, según me he dado cuenta al pescar una foto en internet. —

—CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

SÍGUENOS: twitter.com/letras_libres

